

Documentación

NUEVA FORMA DE CONSAGRACIÓN DE LA MUJER REFLEXIONES *

Paulo Evaristo Arns

Card. Arzobispo de S. Paulo (Brasil)

La Santa Sede actualizó el antiguo «Rito de consagración de Vírgenes» como una nueva forma de consagración femenina a la Iglesia particular.

A partir de entonces muchas personas vienen haciendo tal consagración en una ceremonia pública y hacen suya la expresión de santa Teresita: «Al final descubrí mi lugar en la Iglesia: en el corazón de ella, mi madre, quiero ser el amor, pues comprendí que la Iglesia tiene un corazón, y que este corazón es llama de amor».

I. LA IGLESIA PARTICULAR Y LA CONSAGRACIÓN

1. Durante años venimos meditando sobre la vida y función de la Iglesia particular. En última instancia ella debe hacer visible todo el misterio que se realiza en la Iglesia universal: llegar a ser sacramento de salvación.

* A raíz de la publicación por la Santa Sede del «Rito de consagración de Vírgenes», el cardenal Paulo Evaristo Arns inició una serie de reflexiones con personas y grupos de mujeres de su archidiócesis interesadas por conocer esta nueva forma de consagración en la Iglesia. Muchas de ellas han llegado a formular su consagración a la Iglesia particular, en número cada año creciente.

Estos grupos pidieron al Sr. Cardenal la publicación de aquellas reflexiones para ayuda de ellas e iluminación para otros grupos interesados también por esta forma de consagración. El Sr. Cardenal editó entonces estas reflexiones, pero quiso que fueran enriquecidas con perspectivas teológicas más amplias. Para ello solicitó la colaboración del teólogo Fray Gilberto Gorgulho. Así el presente Documento contiene dos tipos de reflexiones; las del Cardenal Arns, apoyadas siempre en textos bíblicos, y las del profesor Gorgulho.

El Cardenal Arns nos ha concedido permiso para incluir estas reflexiones en nuestras páginas como ayuda a los agentes de pastoral vocacional y a los formadores de los futuros pastores que pueden reconocer aquí un nuevo impulso vocacional del Espíritu especialmente adaptado a nuestra época.

Las reflexiones del propio Cardenal Arns con su fundamento bíblico van en primer lugar. El comentario del P. Gorgulho va a continuación en letra más reducida.

La traducción es de Julio García Velasco (Nota de la Redacción).

- La Iglesia es comunión real y concreta: Hech 2,42-47.
- Todos los dones y servicios existen para el amor: Rom 12,1-21.

Es preciso profundizar en el misterio de la Iglesia como *sacramento de salvación*. La salvación de Cristo se realiza en la vida en comunidad, en la vida de aquella comunidad que procede de Dios, donde se da la mayor comunicación posible de amor. Es vida en el Espíritu que une al Padre y al Hijo y estimula la comunicación y la entrega mutua. Siempre que consigamos encaminar a los hombres a vivir en comunidad, y en comunidad que une a Cristo, el cual nos comunica el amor del Padre, estaremos en camino de salvación.

La salvación incluye dos aspectos importantes:

a) La realización de los valores humanos — casa, profesión, salud, cultura, libertad, participación en el progreso humano;

b) la presencia del amor del Padre en Cristo. Sería inexacto presentar la salvación solamente en la perspectiva de «mi relación con Cristo», de un modo un tanto mágico, sólo por los sacramentos, más o menos así: «recibí los sacramentos. Automáticamente estoy salvado». La salvación es la vida en el amor fraterno y en comunidad. En esto aparece la realidad del Hombre nuevo, o la vida del Cristo total, que es comunión en el amor y en el discernimiento (Gal 3,28; Flp 1,9-10).

La Iglesia es signo y germen del *adviento del reino de Dios* (LG 5). Esta realidad da dinamismo y verdad a la Iglesia. El reino es el mismo Dios que se aproxima y se entrega, para entrar en comunión con los hombres. Es plenitud: Dios se da totalmente y sin reservas como Padre, Hijo y Espíritu. Siempre está llegando, porque el don de Dios es infinito e inagotable. Consiste en una comunión, cuya medida y motivo de amor es la propia bondad gratuita del Padre. El reino es la comunidad y la familia de los que realizan la voluntad del Padre. El reino es de Dios: es, pues, gratuito, y es siempre Dios quien toma la iniciativa del don. ¡El reino es gracia! Penetra en la historia de los hombres y en la vida de las personas a través de la conversión, del cambio de eje de existencia de las personas y de las comunidades. El reino se convierte en la preocupación fundamental, que da el dinamismo y el sentido de la vida (Mt 6,33).

El reino se manifiesta en una comunidad sencilla, que sabe vivir del espíritu de las bienaventuranzas Lc 12,22-33): «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre se ha complacido en entregaros su reino» (v. 32). Este texto del evangelio debería llevarnos a reflexionar sobre la repercusión personal del reino en la vida de cada uno: entrar en el reino *es ser consagrado por Dios*. Es el amor del Padre el que nos consagra. Él ejerce su dominio sobre nosotros comunicándonos su verdad, su vida y su amor. Fija en él nuestro corazón y por ello da sentido y dinamismo a nuestra vida. Es siempre el Dios «que era, que es y que será», y por esto hace de nuestra vida un crecimiento continuo, en la *vigilancia* y en la *fidelidad*. Y toda comunidad se hace más verdadera, en la medida en que manifiesta esta presencia y este adviento continuo, cada vez más intenso y más perfecto, del reino.

2. Cada persona, por tanto, que busca su camino en la vida, ha de descubrirlo a través de esta Iglesia, que reúne una porción determinada de la Iglesia universal, con su obispo y presbiterio, y con todos los medios necesarios para realizar el programa de Cristo en esta hora de la Historia.

- La salvación está en la libertad para amar. Gal 5,13. 22-26.

La manera más concreta para vivir el misterio de signo y germen del reino, es participar en la vida de la Iglesia particular. La Iglesia particular es la «porción del pueblo de Dios reunida por el Evangelio, por el Espíritu Santo, por la eucaristía y confiada al obispo con su presbiterio». El misterio de la Iglesia como comunidad invisible, que se realiza en comunidades visibles, acontece en cada Iglesia confiada a un sucesor de los apóstoles. Por eso, esta porción del pueblo de Dios es «una unidad orgánica de personas, servicios e instituciones que, a manera de un cuerpo, vive adecuadamente el misterio de la vida de Cristo». En cada Iglesia particular, el obispo, legítimo sucesor de los apóstoles, es el signo de Cristo cabeza y pastor. Él tiene todo el poder ordinario, propio e inmediato, necesario para el ejercicio de su cargo pastoral. Por eso, los antiguos Padres de la Iglesia afirmaban «donde está el obispo, allí está la Iglesia» y «nada sin el obispo». La vida de este grupo de personas es esencialmente la comunión, el testimonio y la misión. Todo animado por los tres servicios que el pastor debe asegurar: servicio de la palabra, de santificación y de unidad, en espíritu de colegialidad, de corresponsabilidad y de participación (Flp 1,7-11).

Cada diócesis es la manera peculiar de ser una porción de la Iglesia universal. Esta porción realiza todas las características de la Iglesia universal. En ella está y actúa la Iglesia una, santa, católica y apostólica». De este modo, las consagradas pertenecen tanto más a la iglesia universal, cuanto más se «encarnan» en sus diócesis. Y concretamente, por la fraternidad que asumen.

3. Es, pues, necesario que existan personas que hagan siempre más visible esta presencia de la Iglesia en su diócesis, y esto bajo el triple aspecto:

- La consagración debe ser vivida a la luz de la parábola de la semilla de mostaza: la realidad, por más pequeña que sea, lleva dentro de sí toda la fuerza del reino: Mc 4,30-32.
- Vivir la santidad en el amor, como piedras vivas: 1 Pe 1,22-25; 2,1-10.

Todos los bautizados tienen la obligación de intentar vivir en la perfección del amor. En la comunión visible, los cristianos serán el signo de Cristo para el mundo. La vida de la Iglesia es esencialmente comunión visible, que se realiza en diversos niveles: la comunión universal; la comunión orgánica en la Iglesia particular; y la comunión en células vivas.

Todos están llamados a realizar la índole comunitaria de la vocación humana, pues todos fueron creados a imagen y semejanza de Dios, cuya vida es comunión. El amor a Dios y al prójimo es el mayor de los mandamientos (Rom

13,9-10; 1Jn 4,20). El Señor desea que todos sean uno (Jn 17,21-22). Él abre así perspectivas cerradas a la mente humana, sugiriendo cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Tal semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre que amó por sí misma, no puede encontrar su plenitud si no en la entrega sincera de sí a los otros. Ésta es la exigencia profunda del bautismo, que nos llama a reproducir la imagen del Hijo.

Dentro de la Iglesia, y para vivir la vocación bautismal, algunas personas hacen una total consagración de sí mismas a Dios, amado sobre todas las cosas, de manera que se ordenan al servicio de Dios y de su gloria por un título totalmente especial, (LG 44), para que la riqueza de la vida de Cristo sea testimoniada «ora contemplando en el monte, ora anunciando el reino de Dios a las multitudes, ora curando a los enfermos, ora convirtiendo a los pecadores al buen camino, ora bendiciendo a los niños y haciendo el bien a todos, obediente siempre a la voluntad del Padre que lo envió» (LG 46).

Es preciso meditar continuamente en la necesidad de «hacer más visible la presencia de la Iglesia en su diócesis». De ahí se deriva también la necesidad y la oportunidad de un grupo de mujeres que se consagran enteramente a Dios y se vinculan directamente con la Iglesia particular. Son personas disponibles, que se ponen al servicio de los otros. Se consagran a la Iglesia para servir a los otros en aquello que más necesitan. En los tiempos actuales, es necesario que haya gente disponible para aquello que las Iglesias particulares precisen. En el mundo moderno, en que se habla mucho de comunicación, y en el cual desaparecen fronteras y distancias, nos movemos a pensar en la misión universal de la Iglesia. Pero no podemos olvidar que la Iglesia se tiene que encarnar en una realidad determinada y limitada, así como Jesús de Nazaret fue un hombre bien determinado. En cada Iglesia hay mucho de específico y de original en cada momento. Las personas que se consagran a la Iglesia particular son los testigos de esta encarnación de la Iglesia. Son *pedras vivas que constituyen la casa espiritual* cuyo fundamento es Cristo. Y para hablar como san Pablo refiriéndose a una Iglesia particular, las consagradas se entregan totalmente «a la Iglesia de Dios que está en... (nombre de la diócesis), se ponen al servicio de los santificados en Cristo Jesús, y están llamadas para ser santas, con todos los que en todo lugar invocan el nombre de Jesucristo, su Señor y nuestro» (cf. 1Cor 1,2).

4. A) Tienen que vivir de forma más radical las exigencias del *Evangelio*, para así anunciarlo a los demás hombres. Por tanto, no se casan y asumen la familia de Cristo, en la forma concreta de la existencia. Consagrándose como laicas, comparten, de forma directa, las dificultades del pueblo, llevando hasta él, las esperanzas y la alegría que Cristo mismo les trajo.

- Asumir la familia de Cristo es vivir como él: Mc 3,31-35.

La vida de las consagradas ha de ser germen y fermento para la renovación y vitalidad religiosa en los tiempos actuales. Su estilo de vida será un testimonio y podrá abrir caminos nuevos. No se casan y continúan en medio del

mundo, compartiendo la vida del pueblo, con el fin de animar y sustentar la comunidad eclesial. Será una consagración vivida con el pueblo y para el pueblo, testimoniando, de manera viva, que la Iglesia es, de hecho, «el pueblo de Dios llamado a la santidad».

El estilo de vida sencillo tendrá, al mismo tiempo, la sencillez de la vida del pueblo y de la vida evangélica. Precisamente por la sencillez, esta vida se vuelve significativa y capaz de comunicarse, animando la vida del pueblo de Dios. La inspiración de tal estilo de vida deberá ser siempre la vivida por los *pobres de Yavé*, que san Lucas presenta en su Evangelio de la infancia. Es el testimonio vivo de la propia vida sencilla de Jesús: el fue el hombre perfecto, y de su perfección irradiaba bondad y amor. Por eso, una vida en la sencillez deberá ser siempre creativa de amor, creando situaciones en las cuales el amor se irradie, suscitando la comunión, para constituir la familia de Dios. Este estilo de vida es una verdadera vuelta a las fuentes, intentando vivir como las primeras vírgenes cristianas. Y sobre todo, es vivir como la Virgen María, que entregó totalmente su vida para dar vida al Hijo de Dios. En medio de los hombres (Lc 1,28ss).

5. Viviendo la palabra de Dios, animan los servicios de la Iglesia, en las pequeñas y grandes comunidades. Estarán llamadas a hacer en su Iglesia local, lo que Cristo realizó.

- Vivir el Evangelio saliendo en misión: Lc 10.1-12.

Por eso, es preciso redescubrir el valor de la virginidad y comprender su relación con la pobreza evangélica. También aquí es necesario encarnar el misterio de la Virgen, Madre del Señor, y el misterio del Hijo en su muerte y resurrección. La virginidad, la pobreza y el camino de la cruz nos hacen comprender el modo cómo nace Dios en medio de los hombres, y cómo, en la cruz, vence la muerte y resucita. La vida aparece como don gratuito del amor del Padre, que comunica su Espíritu creador y difusivo: él hace nacer del seno de la Virgen al santo Niño (Lc 1,35); y del seno de la muerte hace surgir la vida del resucitado (Rm 1,3-4).

Esta sencillez de vida evangélica, vivida en medio del pueblo, lleva en sí la fuerza del reino; es como «la semilla que crece por sí misma» (Mc 4,26-29). Y eso, porque intentan vivir y se consagran totalmente a la búsqueda de la perfección de la caridad por el camino de la consagración total a una Iglesia encarnada. Se convierten en testimonio de esperanza en un mundo desesperado y que invierte los valores. La vida consagrada es testimonio, signo y fermento que afecta no sólo al estilo de vida de las otras personas, sino también a las estructuras del mundo (cf. GS 44). Esta vida, enteramente entregada al amor del Padre, es fuente y germen de alegría para el mundo apesadumbrado y triste. Como la Virgen pobre, las consagradas son las depositarias de la alegría mesiánica (Sof 3,14ss; Lc 1,21ss). En este mundo, minado por el egoísmo, por la competitividad, ellas deben dar el testimonio del amor, tal como san Pablo nos lo presenta: «En todas estas cosas salimos vencedores

gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Rm 8,37-39).

6. Como mujeres, se acercan al mundo y la Iglesia con la función específica femenina, dando un valor especial al mensaje de paz y de fraternidad, en lucha con un mundo competitivo y una sociedad de consumo. Creen en la fuerza del evangelio y se esfuerzan en encarnarlo en una existencia sencilla y visible.

- Vivir y esperar como los pobres de Yahvéh: Lc 1-2.

El estilo de vida y el motivo de la consagración de estas mujeres, deberán ser testimonio y señal que haga reflexionar a los demás, que verán el evangelio encarnado de una manera concreta... Ellas han de manifestar cuál es el papel de las personas consagradas en el mundo de hoy, viviendo vida común, participando de las angustias y esperanzas del mundo y de la vida de la ciudad. Como mujeres, están llamadas a hacer en sus diócesis lo que Cristo realizó. Con su existencia femenina, mostrarán el lugar y el sentido de la mujer en el designio de Dios, en el misterio de la resurrección (Ap 12: la mujer vestida de sol), y en la marcha de la humanidad hacia las «bodas del Cordero», haciendo que se prepare como esposa que se encamina para la consumación de la alianza, al fin de la historia (Ap 21,22).

7. B) No viven, sin embargo, aisladas. Se proponen como ideal de vida la *comunión* con Dios y con los hombres.

- La vida nueva que Cristo nos dio, se vive en el espíritu de hijo, y éste se concreta en el espíritu de conversión continua, de servicio y de amor fraterno, práctico y concreto: Rm 12,1-21.

Las consagradas se integran directamente en la organización de la Iglesia particular. Son piedras vivas de la unidad orgánica de la vida de Cristo encarnada en una porción determinada del pueblo de Dios. Es preciso meditar aquí sobre la raíz eclesial de este estilo de vida consagrada: vivir en Cristo y vivir unidos en el amor a los hermanos (Jn 15,1ss).

Los hombres tienen necesidad de estructuras para vivir orgánicamente. En la Iglesia, las estructuras son una realidad que concretiza la vida y los frutos del Espíritu. Las estructuras son la expresión de la relación objetiva y orgánica de las personas que viven la integridad y la medida del amor del Padre.

La reunión de grupo, la amistad sincera y la ayuda mutua son los momentos y la ocasión para revivir el testimonio y la comunión. Son momentos fuertes para profundizar en el «conocimiento pleno», en el «mismo pensar» (1 Cor 1,5.9-10) y para enriquecer el «discernimiento», en el tacto afinado que nace del amor y lo alimenta (Flp 1,9-10). Esta conciencia de comunión y de testimonio, reavivada, la llevan las consagradas a los grupos en que viven y ac-

túan, y de este modo se convierten en un fermento más fuerte para la vida de las comunidades del pueblo de Dios.

Esta vida en la comunión, en el cuerpo orgánico de Cristo, hace vivir el misterio del pueblo sacerdotal y el sentido del «sacerdocio común». Es preciso profundizar el misterio de la propia «vida como posibilidad de renovación». Es preciso meditar siempre en aquello que nos enseña la *Lumen Gentium* respecto al sacerdocio común (n. 10), vivido en los sacramentos (n. 11) y en la consagración de la vida diaria (n. 32), asumiendo las actividades humanas más variadas (Gs 38 y 43).

8. Centradas en la Eucaristía, saben que, en todo lugar, Dios quiere un corazón que se transforme en un altar, pero que sepa, al mismo tiempo, convertirse en punto de encuentro con los hombres que sufren y esperan. Saben estas personas consagradas que están en comunión con toda la Iglesia particular, y llevan a sus grupos esta conciencia de comunión. La propia vida es un sacrificio alegremente ofrecido y una posibilidad de renovación, a través de la presencia de Cristo, que es comunión y ofrenda continua al Padre.

- El alimento, el sustento de vida, es el «pan verdadero»: Jn 6,25-35.

Esta vivencia concreta tiene que alimentarse siempre en la petición del Padre nuestro respecto del pan, haciendo que la eucaristía sea la unión de nuestro sacrificio con el sacrificio de Cristo, y el banquete de comunión revele el verdadero sentido de la existencia y de toda la historia humana, asumida y vivida en el amor que libera y congrega en la unidad, vivida como realidad y como tarea (SC 47 y 48).

9. C) La consagración de estas mujeres la hace, de manera solemne, *el propio obispo, unido a su presbiterio*. Las mismas personas consagradas se encuentran frecuentemente con el apóstol de la Iglesia particular, y llevan esta comunión a los grupos de vida, a fin de hacer visible la presencia de Cristo con sus apóstoles en un mundo que tiene tan pocos signos de unidad.

Así lo comprendemos: por su consagración, procuran expresar aquello que la misma Iglesia particular debe expresar en relación a la Iglesia universal: el Evangelio dentro de la vida; la comunión en la fe, en el amor y en la eucaristía; la unión con el obispo y con el presbiterio.

De esta forma, la mujer está llamada a desempeñar, de manera concreta y constante, su misión específica en el mundo y en la Iglesia de hoy.

- La unidad es una tarea confiada a los apóstoles y a los discípulos: Jn 17,1ss.

La consagración es un acto eclesial y, por lo tanto, ha de ser visible y público. Se hace delante de una comunidad que allí representa la porción del pueblo de Dios en un determinado lugar, con su obispo y presbiterio. Esta consagración testimoniará el servicio al pueblo, y principalmente que el pueblo de Dios está llamado a ser santo.

Este pueblo ha de tomar conciencia de la vocación especial de las consagradas, a fin de ver en su vida, principalmente en la comunidad, el estímulo y la llamada para una vida cristiana más conforme al Evangelio. La consagración no significa separación y alejamiento de la vida de este pueblo. Al contrario, es una dedicación mayor a los hermanos, por el amor del Padre, a quien se entregan totalmente.

Las consagradas ven en el obispo el signo de Cristo presente en su Iglesia. Precisamente por esto, sirven a aquél como a éste. Están unidas también al presbiterio, en la medida en que éste sea el eco de la voz del pastor y asuma con él la vida del pueblo que le fue confiado.

II. CONSAGRACIÓN Y ALIANZA

10. La palabra más fuerte y expresiva de toda la Biblia es *alianza*. Cristo renovó la alianza en el momento supremo de la vida. Todos los días la Iglesia lo recuerda. Más: lo hace presente en la consagración de cada misa. La alianza debe llegar a su expresión definitiva, pues Dios se da totalmente al hombre y pide que éste entre en comunión definitiva con él.

- La alianza es una unión íntima con Dios y con los hermanos, «en la justicia y en el derecho, en la ternura y en el amor, en la fidelidad»: Os 2,20-24.

Oseas fue el maestro del sentido de la alianza. Ésta comienza cuando Dios habla al corazón para convertirlo y purificarlo (Os 2,16). Es preciso olvidarse de todos los ídolos, y tener el corazón enteramente abierto para el Dios que viene.

La alianza es un acto de unión, cuya iniciativa viene de Dios. Acto tan profundo e intenso, que puede ser comparado al casamiento. Dios promete desposar a su pueblo, y tal promesa es repetida tres veces, como el ¡Santo, Santo, Santo de Isaías!

Esta unión es una comunicación en actitudes fundamentales:

- Tiene, sin duda, una objetividad en la «justicia y en el derecho»;
- pero tiene una intensidad más profunda en la «ternura y en el amor» que constituyen el ser propio de Dios (Ex 34,6; 1Jn 4,6ss). La alianza es una comunicación en el amor activo. Una comunicación, una unión, una realización mutua.
- Tiene además una dimensión de continuidad y de perennidad, en la «fidelidad».

Todo eso culmina en el «conocimiento» mutuo. Dios presente en lo más íntimo de la persona y de la comunidad, para que ellas puedan ser más y crecer. La alianza se hace en el amor comunicativo y creativo. Es la vida propia del rebaño de Cristo, donde se realiza el punto más alto de la fe amorosa que consiste en «conocer» (Jn 10,1ss).

Cristo renovó esta alianza afirmando que vivir en él es vivir en un organismo vivo de amor. Vivir en Cristo es vivir unido, en amor, con los otros (Jn 15).

11. Las mujeres que se consagran a la Iglesia particular toman en serio la invitación de Jesús. Adquieren, por ella, un «status», una situación en la vida. Están marcadas por la alianza. Todo lo que es de Dios les pertenece; todo lo que a ellas les pertenece pasa a ser propiedad y dominio de Dios. Viven, sabiendo para quien viven. Pertenecen a Alguien, y éste las envía para su pueblo, con el fin de anunciar la presencia de Jesús en el mundo.

Por tanto, todos los bautizados han de conocer la existencia de personas que llevan hasta las últimas consecuencias las promesas del bautismo. Hicieron una elección definitiva para ser una llamada constante a los que quieren vivir de su fe.

A cambio, Cristo les da su propia vida y les promete comunión constante con su Espíritu. No tienen necesidad de hacer nada especial, a no ser aceptar constantemente la voluntad de Dios y llevar a los otros la forma de vida que Dios nos propone por medio de su hijo Jesús. En una palabra, se esfuerzan para que esta imagen de Jesús y la fuerza de su existencia se perpetúen entre nosotros. Como la esposa se acuerda constantemente del día y del significado de su casamiento, por lo tanto, de su alianza, del mismo modo estas mujeres consagradas profundizan la espiritualidad de la alianza y se animan continuamente a la fidelidad en las cosas pequeñas y grandes, en la vida diaria, pero sobre todo en la mística de la consagración.

- La consagración por amor lleva a la intimidad con el Padre: Jn 17,20-26.
- Su voluntad pasa a ser constantemente la nuestra: Jn 5,3-31.
- Es preciso dar un buen testimonio, a ejemplo de Jesús: 1Tim 6,11-16.
- Antes de hacer algo es preciso encarnar la palabra viva: Filp 2,12-18.

Es Dios quien nos consagra, en el momento en que nos alcanza con su amor total. Este don de Dios sella nuestra libertad y nuestra vida entera. Es una pertenencia peculiar de quien nos conoce y puede pronunciar con amor especial nuestro nombre, dándonos existencia, vida, testimonio, misión.

La consagración visible en la Iglesia nos coloca en un «status». Este término no debe ser comprendido a medias, de modo que nos lleve a pensar en algo estático, en una situación cómoda o privilegiada en la vida; ni por el hecho de estar en este «status» ya somos perfectos. Debemos tener la humildad de reconocer que muchos que no están en este «status» son mucho más perfectos que nosotros.

El «status» es la posición estable de alguien que determina su libertad ante el sentido de su existencia, y lo hace de manera social y visible. Por eso el «status» es importante, en una Iglesia que se concretiza en comunidades visibles: todos son llamados a la perfección del amor y a producir todos los frutos de

la gracia bautismal. No todos, sin embargo, tienen la misma manera de vivir y de colocarse de manera estable y continua dentro de la visibilidad orgánica, tanto de la Iglesia universal cuanto de la Iglesia particular. Es lo que nos enseña la *Lumen Gentium* (n. 44): «El estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, si bien no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, no obstante, de manera indiscutible, a su vida y santidad».

12. De esta forma aparece, de manera más clara, la función profética, sacerdotal y regia del pueblo de Dios.

- En la docilidad constante a la acción del Espíritu: Rm 8,9-19. 31-39.
- Para reproducir la imagen del Hijo: Col 3,10ss.
- Y ser signo perenne de alianza: Ef 5,32ss.
- En los actos concretos que nacen del amor: 1Cor 13,1ss.

El *Profeta* anuncia la Palabra de Dios como la novedad que siempre juzga y salva. No es un simple predicador de un sistema, sino aquel que da el testimonio fiel, a la manera de Jesucristo. La vida y la acción del profeta se desarrollan siempre con el mismo ritmo: decir la verdad, ser fiel hasta la muerte, en la esperanza de la resurrección, fruto del Espíritu de amor (Ap 11). Las consagradas deben hacer fructificar la realidad profética de su bautismo, configurándose a Cristo servidor, en su pobreza. Su propia vida es una profecía. Es signo que demuestra que todo proviene del Padre, se expresa en la verdad del Hijo y se une en el amor del Espíritu. De este modo, las consagradas tendrán siempre la preocupación de interiorizar cada vez más en su vida la imagen del Hijo (Rm 8,29s), no para esconderla para sí, sino para que se convierta en sal de la tierra y luz del mundo, como levadura que va fermentando toda la masa. La imagen del Hijo, vivida en la pobreza del testimonio fiel, se convierte en difusiva de verdad, de paz y de amor. La presencia intensa entre los hermanos se hace significativa y creadora de comunión nueva. El *sacerdote* misericordioso y fiel comienza por asumir la vida de sus hermanos. La inserción en la vida y en las esperanzas del ambiente es el contexto concreto de la vida de las consagradas. Ellas no se retiran ni se separan del mundo, sino que procuran acoger a las personas en su corazón para representarlas y ofrecerlas a Dios. Sólo es capaz de ser sacerdote quien es capaz de asumir, representar y esperar, en la fuerza de un acto de amor gratuito y creador de bien para el otro. Ahí está el secreto y la fecundidad de la vida de las consagradas: libre y conscientemente asumen la responsabilidad de ser un puente de unión entre las personas y lazo de unión entre los hombres y Dios. Consagran el mundo interiorizándolo en su corazón pobre, para, con su vida, entregarlo totalmente a la santidad del Padre. Y Dios no puede quedar «insensible» a tal amor gratuito. Él responde con la salvación y con el don de su Espíritu. De este modo, todas sus obras, oraciones e iniciativas apostólicas, vida familiar, trabajo de cada día, descanso merecido, son realizadas en el Espíritu y se convierten en sacrificios vivos en el amor fiel (1Pe 2,5).

Cristo reina sirviendo y dando vida nueva. Ésta es también la vida de las consagradas. Ellas deben reinar como Cristo que entra en Jerusalén como el *Rey* pobre anunciado por los profetas (Zac 9,9-10). Es una pobreza mensajera de la alegría mesiánica. Es el signo de que la plenitud de la vida sólo puede venir de Dios. La realeza de Cristo se concretiza en los gestos sencillos, creadores de alegría, de paz y sobre todo de comunión, en la cual los hombres se encuentran a sí mismos y se realizan plenamente. Solamente el pobre puede ser rey: él nada tiene y nada desea, porque todo es suyo, y a él le pertenece el reino de Dios. La pobreza es testimonio de libertad, de disponibilidad, de amor gratuito capaz de crear. Solamente el pobre puede decir y hacer que los otros comprendan: «todas las cosas os pertenecen, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios» (1Cor 3,23). Es una tarea sublime el saber revelar el señorío de Jesús en los gestos sencillos de pobreza.

13. Ellas no tienen temor en anunciar, con su vida, que Jesús es profeta. A pesar de todas las contradicciones, defienden la justicia, la verdad, la paz y la solidaridad. Acercan a Dios un mundo que intenta separarse de él. Tienen experiencia del valor del sufrimiento y del trabajo, de la alegría y de la amistad. Y estos anhelos profundos del hombre, estas experiencias dolorosas, las elevan de su corazón hasta el corazón del Padre, para que todo se transforme en bendiciones y gracias de redención. Si, por un lado dejan de consagrar el afecto a una sola persona, por el casamiento, por otro lado, se sienten destinadas a manifestar a todos y a cada uno, el amor más profundo del Padre, la presencia deseada del Hijo y la inspiración continua del Dios del amor. Más impresionará todavía la función real: las consagradas son *laicas* en medio del pueblo de Dios. Viven la vida de todos, para servir, para ser el Cristo siervo de los hombres. Con las antenas siempre levantadas para lo más importante y decisivo en cada instante, son la voz, el corazón y las manos de una Iglesia que no quiere separarse de los hombres, y sí introducir en todos los lugares la luz, el fermento y la sal.

- ◊ La vida desemboca en la misión profética: Mt 10,16-42.
- ◊ En el espíritu de las bienaventuranzas: Mt 5,1-12.
- ◊ Realizando un culto espiritual en el anuncio del evangelio: Rm 1,8-17.
- ◊ Encarnándose en la vida del pueblo como el sacerdote misericordioso y fiel: Heb 2,17-18; 4,15-16; 10,19-25.
- ◊ Imitando el ejemplo de Cristo: Heb 12,1-13.
- ◊ Difundiendo la paz y la pureza: Heb 12,14-29.
- ◊ Cantando la victoria del Cordero: Ap 14,1-5.
- ◊ En el himno del amor misericordioso que todo lo transforma: Rm 8,31-39
- ◊ Servir a ejemplo de Cristo servidor: Mc 10,40-45.
- ◊ Siempre en actitud vigilante: Mt 25,1-13.

- Haciendo fructificar los talentos: Mt 25,14-30.
- Para la liberación del mundo: Col 1,9-12.
- En la unidad del verdadero amor: 1Cor 1,9-17.
- Atrayendo a todos a la comunión: Jn 12,30-36.

Las consagradas procuran vivir su vida cristiana «de una manera digna del Señor». Continúan con la familia. Nada las distingue exterior y materialmente, pues llevan una vida normal. Ni es necesario que la familia o las compañeras de trabajo y de apostolado sepan de su consagración. Permaneciendo laicas, no dejan, con todo, de desempeñar una función especial y específica allí donde actúan, pues traen consigo la misión y el sello «en nombre de la Iglesia», representando, de este modo, al obispo y a su presbiterio en sus ambientes. Llevan el mensaje de éstos a sus hermanos en la fe, en cuanto se hacen «portavoces» de los anhelos de estos mismos hermanos que les rodean. Son como unas «delegadas» al servicio de la Palabra, que deben transmitir en la medida en que la escuchan. Oyéndola, precisan, sin embargo, confrontarla con la realidad ambiental. La difícil tarea de «eslabón de unidad», la desempeñan tanto mejor cuanto más sepan escuchar.

En esta perspectiva aparece el lugar del celibato y de la virginidad consagrada, pues es necesario ser totalmente libre para amar a todos sin reserva, estando a disposición de cada uno. Y lo mismo el despojamiento, la donación de sí mismo, bajo la forma de consagración, implica un desasimiento mucho mayor de lo que podríamos suponer, pues consiste en la pobreza real, al darnos incondicionalmente sin tener ninguna clase de cobijo procedente de una comunidad potente o de una institución particular. Aun cuando haya un enriquecimiento de libertad, por la ausencia de estructura, ese desasimiento nos marca y compromete más, por el aumento de responsabilidad individual. Y aun cuando continuemos con la profesión y el trabajo común para mantenernos, nos damos cuenta de que nos hacemos mucho más pobres todavía, porque el empleo y trabajo son ahora las condiciones de la propia consagración.

III. RECURSOS PARA LA ACCIÓN

14. Si el bautismo nos coloca en una nueva situación de vida, porque Dios y los hombres viven en nosotros, las personas consagradas procuran hacer de su existencia la presencia continua de ese Dios y de esos hombres. Su principal recurso será la oración y la reflexión evangélica. Quien no sea todo de Dios, jamás será todo de los hijos de Dios. La oración hecha en nombre de una Iglesia particular, está animada de un espíritu nuevo. Sabe a quién hablar y sabe de quién hablar. Representan a los hombres junto a Dios y piden que Dios esté presente, por ellas, entre los hombres.

Alimentándose, en cuanto sea posible diariamente de la eucaristía y re-

zando la oración oficial de la Iglesia en particular o en común, llevan a esta celebración y oración los programas pastorales del momento y las necesidades más urgentes de los hombres que viven en un determinado territorio. Antes de iniciar la oración y la acción de gracias, procuran conocer los problemas y las fuentes de esperanza. Y de este modo, no se vuelven abstractas o egoístas, sino que se vinculan al mundo que Dios ama, y antes que nada, al mismo Dios que ama.

- El Espíritu de Dios intercede por nosotros y nos da las dimensiones de nuestra vida de oración: Rm 8,26-30.
- La oración debe alimentar y revelar cada vez más nuestra identidad cristiana: Lc 11,1-4.
- Y se convierte en pedagogía fundamental de nuestra manera de vivir y de actuar, de nuestro testimonio y comunión: Lc 11,5-13.
- La comunión eclesial se actualiza en la oración constante: Flp 1,3-11.
- La oración nos lleva a sumir las necesidades de los hermanos, para presentarlas a Dios, y las iniciativas de la comunidad, a través de la cual Dios responde: Heb 13,1-17.
- Es necesario orar con sencillez y pedir las grandes cosas que el Padre quiere para los hombres: Mt 6,5-15.

La oración revela la grandeza de Dios y la responsabilidad de los hombres. Orar es entrar en la intimidad del Padre, para echar raíces en él y vivir siempre de su origen inagotable. Orar es entrar en el origen propio de Dios a fin de conocer su pensamiento, su designio, y descubrir su voluntad, para que esa voluntad sea «realizada aquí en la tierra como es realizada en el cielo». La oración es la presentación de la propia voluntad a Dios, para que él la realice en su amor y para su gloria. De este modo, se convierte en la fuente de toda la acción, de toda misión y de todos los oficios responsables en la comunidad (Rom 8,27; Lc 6,12).

La reflexión evangélica es el encuentro con Cristo actualmente vivo en la comunidad. El Resucitado se manifiesta en la palabra escrita y en la palabra viva y animada por el Espíritu. El Espíritu de Jesús es la fuerza siempre actual de su Palabra proclamada y vivida por y en la comunidad de los hermanos. Por eso, la lectura personal y constante de la Escritura debe convertirse en un hábito que nos va dando la manera de pensar del propio Jesús de Nazaret. Pero esta lectura individual es también una preparación para la lectura en común, en los pequeños grupos y principalmente en la liturgia de la Palabra, pues es en la Iglesia donde el Espíritu se manifiesta, para hacer viva la Palabra. Ahí están la fuente y el dinamismo de una palabra que se encarna en la vida (Flp 2,14-18).

La eucaristía no sólo muestra el sentido de la vida y de la misión, sino que es su fuente diaria para la vida nueva, la vigilancia y la fidelidad. Y más todavía, como misterio de comunión, la eucaristía revela cómo Dios quiere transmitir

su vida y cómo responde a las oraciones. Él siempre obra a partir de la economía de la encarnación. Y una vez que Jesús encarnado quiso hacerse sacramentalmente presente en el pan y en el vino, nos indicó la manera de manifestarse y obrar en la vida de los hombres y de las comunidades: él obra a través del *sacramento de la comunión*. Esto quiere decir que Jesús manifiesta su presencia y su fuerza salvadora a través de las personas que comulgan con él y viven de su amor. Y lo mismo ocurre con la oración: él obra a través de y en la comunión de los hombres, para manifestar su presencia y su voluntad. Nunca profundizaremos y viviremos suficientemente todo el secreto escondido en la eucaristía. Misterio de contemplación, de alabanza, de petición, de realización, de gratuidad, de eficacia, de revisión de vida, de proyecto de futuro, de fe, de esperanza y de amor. ¡Ella es, de hecho, una verdadera fuente que mana para la vida eterna!

15. Otro medio muy importante para que las consagradas se mantengan en constante vigilia es su comunión con la *Iglesia particular*. Se encuentran con el Obispo y algunos presbíteros. Leen todo lo que se refiere a esta Iglesia. Procuran saber lo que pasa, tanto en el lugar donde trabajan como en los otros sectores de la vida y acción de la diócesis. Animán a los agentes de pastoral y reciben de ellos la animación. Saben que son multiplicadoras de la obra del Señor. Con humildad y sencillez, se sienten responsables por todo lo que Dios realiza en este momento de la historia, en favor de un pueblo determinado. Participan, por lo tanto, no sólo a partir de la información, sino sobre todo a partir de la disposición psicológica, pues están libres para lo que sea más decisivo en cada momento. Su libertad se convierte en dependencia, y tal dependencia alimenta la libertad. Si fuera preciso un gesto más generoso, allí están ellas. Si fuera preciso dar horas y días para la comunidad, no se ven atadas, en principio, ni a la familia ni a grupos particulares. Pueden estar en la primera línea de acción cuando sean llamadas a ello. Y pueden estar en la retaguardia, ofreciendo los pequeños sufrimientos y las grandes intenciones.

- Participar y promover la unidad de la comunión: 1Cor 1,4-17.
- Ser dócil a la acción del Espíritu de Cristo: 1Cor 2,6-16.
- Contribuyendo para que cada comunidad y cada Iglesia sea la manifestación concreta de Cristo: Ap 2,3.

Las personas que se consagran a la Iglesia particular deben tener la preocupación de hacer de toda su vida un signo visible de lo más central en la vida de la Iglesia: la comunión invisible que se concretiza en gestos y comunidades visibles (LG 8). De este modo, toda la vida está dedicada al misterio de la Iglesia, en todas sus manifestaciones y en todas sus dimensiones. Es participación y corresponsabilidad asumidas en profundidad. Es diariamente, la responsabilidad fiel de crear comunión difusiva de amor y de testimonio. Ellas deben también asumir la misión de la Iglesia, de manera muy sencilla, en la fidelidad y la perseverancia. Deben tener la certeza y la esperanza de